

»Pero el mal estaba hecho. Salió de allí con la desesperación en el alma, la vergüenza en el rostro, y al encerrarse en su miserable albergue, pensó que estaba irremisiblemente perdida. Pero esto no era bastante. Roland Beroult, nombre que será célebre en los anales de la justicia, esperaba esta situación de desfallecimiento para continuar ventajosamente su persecución, y uno de los agentes que acaban de declarar, fué por orden de su jefe en busca de la desventurada, que tuvo que pasar nuevamente por la humillación de volver á la casa de la calle de Jerusalem, que era su calvario.

»Por segunda vez desde el robo del Fresno—no digo del asesinato, porque solo quiero afirmar lo que sea incontestable—se encontró Margarita Souvray frente á frente con su verdugo.»

Pedro de Meillant se detuvo: sus palabras escritas, frías, muertas, por decirlo así, no dan idea de sus efectos. Había que oírlas brotar animadas, vivientes, armoniosas de los labios del defensor, llevando con ellas la convicción al ánimo de los jurados y á la vez inspirándoles el desprecio hacia aquel poderoso que empleaba su fuerza contra los mismos á quienes debía defender.

Explicó brillantemente el plan de aquel hombre, que dueño de los secretos de una familia, gracias á un nuevo abuso del poder puesto en tan detestables manos, puso sus miras en una infortunada niña, condenada á muerte próxima, codiciando su fortuna, de que ni ella ni sus más allega-

dos tenían noticia, una fortuna de millones.

«Había robado al coronel Souvray, y pareciéndole poco; pretendía robar á otra, fingiendo un amor que no sentía.»

Hizo resaltar el cinismo con que Roland Beroult expuso sus planes á su víctima, imponiéndole descaradamente las condiciones: sería su querida ó la atormentaria sin piedad.

»A la vez se casaría él con la heredera desconocida, cuyo nombre no dijo.»

Pedro de Meillant dijo extendiendo el brazo hacia Margarita.

«El cálculo de Roland Beroult no podía ser más sencillo. Esta sería para él el amor, el placer... la querida.... La otra sería la riqueza. Cuando muriese... ya vería. Era preciso ceder ó exponerse á todas las vergüenzas, á todas las infamias, á la prisión, á todo.

»Señores—dijo volviéndose hacia los jurados—si en este instante Margarita Souvray hubiera sepultado un arma en el corazón de este malvado, ¿la habríais condenado? Pensando en vuestras hijas, la habríais absuelto.

»Pues bien, ni entonces pasó por su mente la idea de la venganza. Huyó espantada, y entonces fué cuando se dirigió á Maillepré humillada, inquieta, temerosa de ser rechazada. La vista de aquel gran palacio la sobrecogió y estuvo por deshacer el camino. En aquel momento de vacilación, un hombre de corazón, estimado por todos, un anciano cuya vida ha sido la de un hombre de

bien, la vió sentada en un banco sin atreverse á seguir adelante: se dirigió á ella y le habló bondadosamente.

»Engañado por la circunstancia, desconocida para Margarita, de que allí se esperaba siempre á la pobre muerta de Chappelleaux-Ifs, que no debía presentarse nunca, él se obstinó en llamar á la desconocida Maria Magdalena, en tomarla por la muerta, y en su angustia no se atrevió á desengañarle allí mismo. El fué quien lo hizo todo. Así lo ha declarado él mismo, y en este recinto en donde no cuenta más que amistades y simpatías, ¿quién se atreverá á dudar de su palabra?

»Por otra parte, ¿era aquello un crimen? Si esta infeliz no se atrevía á pronunciar el honrado nombre de su padre, ¿era de ella la culpa? ¿Qué nombre usurpaba? ¿A quien causaba ni el más ligero perjuicio? ¿Qué sitio ocupaba? Un empleo de subalterna, casi de criada. ¡Ah! señores; cualquiera que fuese su nombre, llevaba la felicidad á aquella casa; todos sus moradores, amos y criados, se complacen en reconocerlo.

»Pero esto debía durar poco. Un dia volvió á presentarse ante ella el nuevo prefecto del Cher, que la reconoció enseguida.

»Pero antes que él la había reconocido otro, y así como aquél quería perderla, éste quería salvarla. Este otro era yo, señores.

»Desde el primer instante reconocí en ella á la pobre desesperada del boulevard Cliechy, porque su figura es de esas que quedan grabadas en la memoria y en el corazón,

aunque sólo aparezcan un instante ante los ojos. Yo había observado su turbación, su temor de ser descubierta. Quizá creyó que su recuerdo se había desvanecido en mi memoria; tal vez, habiéndome visto solamente de noche, no me reconoció. Por espacio de algún tiempo, en la paz de aquella tranquila morada, á las sombras de aquel parque en donde podía ella soñar en paz, la ví serenarse poco á poco, y sin que lo advirtiese ella, pude apreciar toda la delicadeza de aquel carácter de que su hermana Luisa me había hecho el más cumplido elogio.

»Yo conocía el robo de la fortuna del coronel, las infames proposiciones del hipócrita y desvergonzado malhechor que quería imponer su odioso amor á la que había reducido á la miseria, y conociendo esto, quise conocer lo demás. No dudaba de la sinceridad de aquella angelical criatura que se llamaba Luisa Souvray; pero carecía de pruebas, y sin ellas, el bandido tenía asegurada la impunidad. Fui á Serigné secretamente, me informé, y supe que en aquel pueblo donde habían pasado su infancia, las hijas del coronel no habían sido olvidadas. El heroico pordiosero por quien ellas se habían interesado en días más felices, me contó la historia del robo con tanta exactitud como si lo hubiese presenciado.

»Una pobre criada quedaba únicamente en la vacía casa de los Beroult, y esta mujer, atormentada por los remordimientos, se extinguía entre las cuatro paredes en donde el delito se había consumado á presencia

suya: élla solamente podía revelarlo todo; pero estaba refrenada por su cariño al hijo de sus amos, al niño criado por ella.

»El mendigo ha declarado lo que sucedió. En su última hora, creyendo que aquél por quien se había sacrificado no existía, lo confesó todo, y tranquilizada por esta confesión, pudo entregarse en paz y perdonada á su último sueño.

»Así obtuve la prueba incontestable del primer crimen, aunque no el mayor, de este hombre que sólo empleaba su autoridad para el mal. Pero ignoraba el medio de que se valió para deshonorar á esta inocente, reduciéndola, por decirlo así, á renegar del nombre de su padre.

»El pudor de Margarita Souvray sellaba sus labios, y sólo pude arrancarle su secreto en el instante en que regresaba de Bourges, trastornada por la justicia que acababa de hacer en un momento de exaltación de que apenas se daba cuenta.

»El horror que me inspiró aquel hombre al conocer toda la verdad, no tuvo límites. Aquella infamia, combinada tan artera como friamente ejecutada, sobrepujaba á cuanto la imaginación pudiera concebir. Pero aun me faltaba una prueba, y hoy la habéis tenido. Los ejecutores mismos de aquel acto, para el cual es poco el patíbulo, han declarado todos sus pormenores.

»Ahora sólo queda por esclarecer el misterio ante el cual la acusación se ha declarado impotente, y veréis que al atentar contra el prefecto, no era su propia persona, su

propia seguridad, lo que la acusada defendía, sino que se sacrificaba por la salvación de otra.

»La joven cuya fortuna codiciaba Roland Beroult era la ahijada de la señora de Maillepré, su protegida Blanca Carol, naturaleza débil, cuyos días estaban quizá contados: la ciencia lo había dicho, y Roland Beroult lo sabía. La ciencia suele equivocarse á veces, señores, y yo espero que en este caso se equivoque una vez más.

»Sea como quiera, el hecho es que Roland Beroult había encontrado á su víctima en Maillepré, cerca de la joven cuya riqueza codiciaba y á la que engañaba hablándole de amor, habiendo sabido convencerla con la máscara de un hipócrita desinterés, para que consintiese en ser su esposa. Para esta pobre niña el porvenir era muy oscuro. Se creía pobre, siendo millonaria, porque su fortuna, procedente de su padre, muerto hacía muchos años, no debía serle entregada hasta ser mayor de edad ó cuando contrajese matrimonio. M. Champier lo ha declarado aquí.

»Por desgracia para él, Roland Beroult, á la vez que su casamiento, perseguía con más ardor que nunca la posesión de Margarita. Las condiciones que le quiso imponer en la calle de Jerusalén, se las impuso de nuevo en aquel palacio de Maillepré, en donde había encontrado un refugio contra sus persecuciones.

»Como los bandidos emboscados en la sombra gritan á los transeuntes «¡La bolsa

ó la vida!», así él repetía: «¡El honor ó la vida!»

»Margarita Souvray suplicó á Roland Beroult que renunciase á la mano de Blanca, á quien no amaba, cuya muerte deseaba, porque tuvo el cinismo de declararlo; le suplicó que la dejase vegetar en la oscuridad de su modesto empleo. El fué inflexible. Quería la fortuna de Blanca Carol y el amor de Margarita, que solo podía odiarle y despreciarle.

»¡El honor ó la vida! Esta es la frase de esta gran causa, señores jurados.

»Como ultimatum, exigió una entrevista á mi defendida diciendole: Ceded ó sereis aplastada... someteos ó publicaré vuestra vergüenza... Entregate á mí ó te arrastraré por el fango y enseñaré las pruebas da tu infamia...

»¡La infamia de esta virtud!

»¡La vergüenza de esta inocente sin mancha!

»¡Que irrisión, señores!

»Pero esto era aun poco.

»Ella aceptó aquella cita, no por salvarse, sino por salvar á otra víctima, amada por su bienhechora, la infeliz á quien no quería ver sacrificada á este ladrón, asesino tal vez.

»Conoceis lo demás. Frente á frente del miserable, en el silencio de la noche, cuando se atrevía á hablarle de su detestable amor, que la hacía temblar de cólera, lo hirió loca de indignación y sin cuidarse de su seguridad, dispuesta á ser condenada, indiferente á todo, dejó el arma en la herida y arrojó sobre la alfombra el pañuelo con que limpió

la sangre que cayó sobre ella. Después salió sabiendo que estaba perdida, pero contenta por haber consumado su obra salvadora.»

Pedro de Meillant hizo una pausa, paseando alrededor del auditorio aquella mirada penetrante con la que parecía infundir su convicción en el ánimo de los demás.

«—Señores—prosiguió sonriendo tristemente.—Quizás no me creais, pareciéndoos inverosímil que un hombre de la posición de Roland Beroult se degrade hasta tal extremo. Sin embargo, os he demostrado el robo del Fresne, la alevosía del boulevard de Clichy: réstame tratar lo referente á la cita de Bourges, impuesta á esta mártir á quien habeis de juzgar, á quien de seguro habeis ya juzgado,

Tomó Pedró del legajo que tenía M. Seguin el escrito del prefecto: «Amor eterno» con la fecha y la firma de él.

»Leed este documento y desaparecerán vuestras últimas dudas. Con esta prueba de debilidad, aquel gran malhechor esperaba tenerla perpetuamente bajo su yugo, incapaz de defenderse, condenada á la obediencia y al silencio. ¡Señores! El verdadero, el único culpable ha puesto su nombre al pie de esta acta redactada y escrita por él. Margarita Souvray no ha puesto la suya. En el momento en que Rolant Beroult le ofrecía la pluma ella pensó que la copa estaba llena, que el ultraje traspasaba la medida é hirió á su verdugo en el instante en que creía recibir una caricia imposible; lo derribó ensangrentado sobre el suelo cuando él creyó

haber vencido todos los obstáculos que le separaban de la fortuna y del amor criminal que perseguía al mismo tiempo con una imprudencia increíble y una maldad sin límites.

»Nada tengo que añadir. Cuando juzguéis á esta mártir, señores jurados, os acordaréis de vuestras hijas y pensaréis aterrados en lo que sería de ellas si encontraran en su camino á un miserable semejante. El es quien debía estar en ese banco ignominioso entre los representantes de esa fuerza pública sobre la que, por una ironía de la suerte, ejerce aun autoridad.

»Mostrándolo ante vosotros tal cual es, creo haber cumplido mi deber: á vosotros señores, toca ahora cumplir el vuestro.»

Al sentarse Pedro de Meillant notóse entre el público un movimiento de hostilidad hacia la acusación. El presidente reclamó silencio, agitando la mano, y se dirigió al abogado general preguntándole con la mirada si tenía algo que decir. El interpelado indicó que no, con un movimiento de cabeza. ¿Qué podía él responder?

Después se volvió hacia el puesto que ocupaba el juez de instrucción, pero M. Tabouret había desaparecido aprovechando el movimiento que siguió al terminar Pedro de Meillant su informe.

El presidente, después de un breve resumen, que fué casi una apología de la acusada, formuló al jurado estas preguntas:

—«¿Margarita Souvray es culpable por haber herido al prefecto del Cher, M. Ro-

land Beroult, con intención de causarle la muerte?

—¿Ha obrado con premeditación?

«¿Concurren en el hecho circunstancias atenuantes?

Los jurados no hicieron más que entrar en la sala de deliberaciones y salir. Su presidente leyó incontinenti el veredicto.

A las dos primeras preguntas, por unanimidad:

NO. *La acusada no es culpable.*

Esta declaración fué acogida con una salva de aplausos y aclamaciones. La emoción había llegado á su colmo.

M. Godet aplaudía frenéticamente.

El presidente, casi tan entusiasmado como el público, reclamó, por favor, un instante de silencio, y pronunció la frase sacramental:

—El tribunal decreta la inmediata libertad de la señorita Margarita Souvray.

Los mismos gendarmes sonrieron, complacidos al libertar á su prisionera.

Entonces se produjo una escena conmovedora. La hija del coronel, bañada en lágrimas, se encontró ante su defensor y M. Godet, y en un impulso irresistible de gratitud, se detuvo, turbada, y con voz agitada, fijos sus ojos en los del conde y temblando de pies á cabeza, le preguntó:

—¿Por qué me habéis defendido así?

El abrió los brazos y Margarita se precipitó en ellos.

Y dejando escapar su secreto, tanto tiem-